

namente. ¿Qué nueva mejor podríamos anunciarnos? La Madre de Dios, la reina de los angeles, la soberana del cielo, nos ama, á nosotros pobres criaturas, que somos ceniza y polvo. ¡Ah! no puedo dejar de exclamar en el gozo de mi alma: ¡oh madre mía! ¿cómo hemos merecido vuestro amor? ¿qué habéis visto de bueno en nosotros, que os ha inclinado á amarnos? *¿Quién es el hombre para que os acordéis de él?* Y sin embargo, hermanos míos, es bien cierto, la Santísima Virgen nos ama con ternura indecible, ámanos, dice San Pedro Damiano, con un amor que nadie puede vencer; y vais á verlo en el ejemplo siguiente.

II. San Alfonso Rodríguez, devoto servidor de la Virgen María, estaba un día ocupado en presentarle sus homenajes, cuando de repente la vió aparecer frente á sí, hermosísima y resplandeciente de luz; y con un aire celestial le dice: “Alfonso ¿me amas? A ésta pregunta, Alfonso, in-

flamado de amor, levantó las manos y los ojos hacia el cielo, y respondió: “¡Oh cielo! ¡oh tierra! ¡oh mi reina! sí, ¡os amo! y ¿quién no os amará, siendo vos tan bella, tan santa y tan buena? ¡Oh! os amo tanto, que por vos sacrificaría mi sangre, mi vida, mi honor y el mundo entero.”—Pero ¿me amáis del fondo del corazón?—¡Oh corazón mío, habla, tú, pues que mi lengua no halla palabras que expresen lo que siento. ¡Oh mi buena madre! sí, ¡os amo! no me lo preguntéis más; porque me siento desfallecer y morir de amor por vos.—Mas á pesar de esto la Santísima Virgen, no contenta con la segunda respuesta, le preguntó tercera vez: Alfonso ¿me amas? A esta tercera ininterrogación, el devoto servidor de María respondió con sencillez, ó más bien con una temeridad que excusa su tierna afección hacia ella: “sí os amo más de lo que vos me amáis.”—¡Oh! nó, continuó la Santísima Virgen, ¡oh nó, esto no es verdad, mi querido Alfonso, esto no es verdad;

yo os amo mucho más sin comparación que vos y todos los que como vos me aman del fondo del corazón; no hay tanta distancia del cielo á la tierra como la hay de mi amor al vuestro.—¿Lo entendéis, hermanos míos? María nos ama con un amor invencible é insuperable; nos ama más tiernamente que todas las madres juntas á sus hijos; y aun no es decir bastante: ámanos más que todos los santos juntos al mismo Dios porque su amor es indecible.

III. Mas si la Santísima Virgen nos ama tanto, ¿cómo es que nosotros le amamos tan poco? ¿A quién ama ese joven disoluto, esa joven disipada? á un tizón del infierno. ¿A quién ama ese jugador, ese quimerista, ese libertino? ama las orgías, la embriaguez y los festines. ¡Ah! desgraciados, ¿qué será de vosotros, si no amáis á la Virgen María? ¿Quién os socorrerá en vuestras necesidades y os protegerá en el peligro? ¿qué bien podéis esperar sin su auxilio?

Tomemos pues hoy, todos, la resolución de amarla en lo de adelante con un amor sincero; pero para esto, pidámosle desde luego perdón de no haberla amado hasta el presente, y digámosle hiriéndonos el pecho: “¡Oh madre del amor hermoso! conozco ahora cuán ingrato he sido amando más á las criaturas que á vos, y por ello os pido humildemente perdón; aunque no lo merezco, ¡oh gran reina! no obstante lo espero de vos, porque sé cuánto me amáis; quiero en adelante amaros con todo mi corazón; y así os lo prometo, sólo vos seréis mi muy amada, y no alimentaré otras llamas en mi corazón sino las de vuestro purísimo amor.” He aquí hermanos míos, lo que pido de vosotros en estos días; que tengáis una devoción ferviente á la Santísima Virgen, y encendáis en vuestra alma un tierno amor hacia élla. Seréis felices si la amáis. Cada día tendré cuidado de indicaros algunas devociones particulares que podáis prac-

ticar en su honor, á fin de que ganéis su protección. Lo que hoy os propongo es visitar piadosamente todos los días una iglesia ó altar dedicado á la Santísima Virgen. San Bernardino de Sena practicó esta devoción desde su infancia y de ello sacó grandes frutos. ¡Qué provecho sacaréis también vosotros! ¡qué dulces visitas hará María á vuestro corazón y á vuestra alma! *Sic nos tu visita sicut te colimus.*



Segundo entretenimiento.

Del amor que le debemos á la Santísima Virgen.

Acoge á los que la buscan, y camina delante de ellos en la vía de la justicia.

(*Ecle. C. IV. v. 12.*)

I. Me parece hermanos míos, oír á la Santísima Virgen que me dice al corazón lo que dijo un día á Santa Brígida: “Hija mía, si me amáis, hacedlo de modo que vuestros hijos sean también míos.” Me parece que también á mí me dice: Hijo mío, si me amáis hacedme amar de todos los pueblos á quienes predicáis la palabra de Dios. ¡Ah! si así es, ¿quién me diera una trompeta retumbante, á fin de que animada de mi soplo, se hiciese oír hasta los últimos confines del mundo? Quisiera gritar con toda la fuer-

za de mi voz: “pueblos, despertad de vuestra ilusión, amad á María, si os queréis salvar; amad á María, si queréis asegurar el cielo; felices si escucháis mi voz! Sí, yo os lo digo, amando á María, salvaréis vuestras almas. El amor de María, es el caracter de los predestinados; y el doctor seráfico, San Buenaventura, atestigua que es imposible que un servidor de María se condene.” “*Qui digne coluerit Mariam justificabitur.*” Si; el que es devoto de la Santísima Virgen, está moralmente seguro de su salud eterna, como vais á verlo por el ejemplo siguiente:

II. Un joven que había vivido, como fiel servidor de la Santísima Virgen, habiéndose dejado seducir por las malas compañías, se entregó sin detenerse, al amor profano, manchando su corazón con toda suerte de iniquidades. En fin, un día, cediendo á los remordimientos de su conciencia, se resolvió á salir del cenegal en que se hallaba, y mon-

tando á caballo, se dirigió á un país vecino, para casarse allí. En el camino encontró á una joven hermosísima, que tomó con ademán gracioso su caballo por las riendas y lo detuvo, preguntándole á dónde iba. El joven, admirado del atrevimiento y de la rara belleza de esta mujer, respondió: Voy á buscar una joven de mi condición con quien pueda desposarme.—¿Crees, respondió ella con gracia, que no te pueda agradar?—Ciertamente, dijo el joven—Y ¿porqué pues no me tomas por esposa?—El joven, entre-cortado respondió: Lo haría con mucho gusto, pero no sabiendo quién sois, no puedo tomar por este motivo ninguna determinación.—¡Ah! si me prometes no amar á nadie más que á mí, te lo diré.—Habiéndoselo prometido el joven, le dice ella: Sabe, que habito el paraíso; mis padres son Joaquín y Ana, y soy la Madre de Dios, y he venido del cielo para celebrar contigo una alianza

celestial. —Después le puso en el dedo un anillo de oro, diciéndole: “Yo te tomo por esposo; vuelve á tu casa, anda á encontrar á un sacerdote, haz una buena confesión general, y prepárate para morir, porque te espero en el cielo dentro de quince días, para celebrar nuestras nupcias en presencia de la corte celestial;” y dicho esto, desapareció. El joven volvió á su casa, lleno de gozo, é hizo todo lo que la Santísima Virgen le había dicho. A los quince días, en los momentos de morir, le apareció de nuevo María, y habiendo desposado á esta alma bienaventurada, la llevó con ella al cielo.

III. ¡Oh feliz joven! ¡qué bien hiciste en cambiar el amor de las esposas de la tierra por el de María, pues que por esta alianza celestial ganaste el paraíso en tan poco tiempo!

Y vosotros, desgraciados jóvenes, que os dejáis cautivar por las hermosuras de la tierra, ¿qué provecho sa-

cáis de esos lazos criminales, continuados durante largos años y que os son ocasión de tantos pecados? ¿de qué os servirán á la hora de la muerte, sino de haceros morir réprobos como habéis vivido? Abrid, pues, hoy los ojos, y á ejemplo de este joven, tomad la resolución de renunciar al amor de las criaturas para consagraros enteramente al de María.

Yo seré el primero en hacer este acto generoso. Confieso, ¡oh gran reina del cielo! que no merezco besar las huellas de vuestros pies, porque soy un infeliz pecador; pero viendo con qué ternura amáis á los que os aman, pues que los tenéis, no solamente por vuestros siervos sino aun por esposos, yo me atrevo hoy con santa osadía á ofrecermos á vos en esta calidad, y en señal de amor, os consagro todo mi corazón. Y vosotros, hermanos míos, pedid perdón á la Santísima Virgen, de no haberla amado hasta aquí; decidle,

hiriendoos el pecho: Virgen amable, conozco mi ingratitud, y humildemente os pido perdón; si he sido negligente en amaros, no será así en adelante; quiero por vuestro amor, arrancar de mi corazón todo apego y afección á los criaturas, y amaros con todas las fuerzas de mi alma; no quiero tener ya corazón y amor más que para vos, quiero que el amor con que os haya amado sobre la tierra sea una preparación á aquel con que espero amaros en el cielo por toda la eternidad!

La devoción que os recomiendo hoy, es el inclinar devotamente la cabeza y rezar una *Ave Maria*, cada vez que paséis delante de una imagen de la Santísima Virgen.



Tercer entretenimiento.

La Santísima Virgen es nuestra Madre en nuestras necesidades.

El que la ama, ama la vida.

Ecl. C. IV. ver. 13.

I. Hermanos míos, hoy os diré una cosa muy consoladora para vosotros y para mí, esto es, que la Santísima Virgen es nuestra madre, Sí, la Madre de Dios es también nuestra Madre, porque nuestro divino Redentor nos la ha dado en esta calidad, sobre el Calvario, cuando dirigiéndose á la Santísima Virgen, que estaba á sus pies traspasada de dolor, el Señor le dió á San Juan por hijo, diciéndole: *Mulier, ecce filius tuus*; como si le dijera: veis Madre mía, muero sobre esta cruz; ya no me tendréis por hijo en este mundo, pero en mi lugar os dejo á

Juan mi apóstol muy amado, y en su persona á todos los que he rescatado con mi sangre, amadlos á todos, ayudadles, consoladlos y asistidlos; pues serán vuestros hijos y vos seréis su madre. ¡Oh! hermanos míos, ¿no es una cosa muy dulce y consoladora para vosotros el saber que la Madre de Dios es también la vuestra, madre tiernísima que no quiere mal á nadie; madre llena de bondad, que no deja de hacerles bien á todos al mismo tiempo? El que se encomienda á ella con confianza, la encontrará siempre pronta á socorrerle, como dice Ricardo de San Víctor. Vais á verlo en el ejemplo siguiente:

II. Una pobre viuda tenía dos hijas, y se encontraba sin recursos para proveer á sus necesidades, porque mendigando se habrían expuesto á perder su honor, y el trabajo de sus manos no podía proporcionarles lo necesario para vivir. ¡Pobre madre! ¡pobres hijas! ¿qué harán?

La necesidad las atormenta, la modestia las detiene. Un día, la madre llena de confianza en la Santísima Virgen, llama á sus hijas: vamos á la iglesia les dice, á encomendarnos á la Santísima Virgen María.

Llegando al templo, van á orar delante de una imagen de Nuestra Señora y se encomiendan á ella con confianza; concluida la oración, la madre se aproxima á la imagen y hace acercar á sus hijas; después tomando sus manos, y poniéndolas en las de la Virgen Santísima, le dice: estas niñas ya no son hijas mías, sino vuestras, os las entrego en vuestras manos; tened cuidado de ellas pues sois su madre. Hecho esto, salió de la iglesia con la firme esperanza de ser socorrida por María Inmaculada. Su confianza no fué vana, porque llegando á su casa encontró en ella á un joven el cual le dejó una gran cantidad de dinero y desapareció sin que jamás volviera á saber de él. Figuraos la alegría

de esta pobre madre: con el socorro que le había sido enviado por la Santísima Virgen, pudo vestir convenientemente á sus hijas y salir de la miseria en que estaba. Como los mundanos siempre han sido malvados, comenzaron á murmurar atribuyendo á medios ilícitos el cambio de fortuna que se notaba en esta casa. La pobre madre no se atrevía ya á aparecer en público, y en su desolación acudió de nuevo á la Santísima Virgen. Un día de fiesta, estando en la iglesia con sus hijas, en presencia de todo el pueblo, apareció un ángel de arrobadora belleza, bajo la forma de un joven, trayendo en las manos dos coronas preciosísimas que puso en la cabeza de las jóvenes, diciéndoles: María la Madre de Dios y vuestra, os envía estas coronas como un testimonio de vuestra pureza virginal, y dicho esto desapareció. Ya os imaginaréis cuál debía ser el gozo de la madre y de las dos hijas y la ad-

miración del pueblo. Todos cantaron las alabanzas de María, que como una buena madre, nos socorre en nuestras necesidades, nos protege contra las calumnias, y nos colma de toda clase de bienes. El dueño del lugar hizo edificar allí un monasterio, en el cual estas dos jóvenes vivieron y murieron santamente.

III. Recurrid todos á esta buena madre, y encontraréis un consuelo en vuestras penas y una fuente de misericordia en vuestras miserias, por muy grandes que sean; con todo, no olvidéis que si la Santísima Virgen es la madre de los pecadores, no lo es de los que rehusan convertirse, sino solamente de los que se arrepienten de sus pecados y tienen un deseo sincero de corregirse. Así lo reveló la Santísima Virgen á Santa Brígida. “Yo soy, le dijo, la madre de los pecadores que quieren volver á Dios.” Pues como yo os veo á todos en estos santos días dispuestos á convertirlos, dirigíos á la Santísima

Virgen, y decidle: "¡Oh mi buena madre! la vida que he llevado hasta aquí, me hace indigno, bien lo conozco, de ser vuestro hijo; he pecado mucho, he llenado de amargura vuestro corazón, y no merezco ya el ser amado por vos; pero si he perdido los sentimientos de hijo para con vos, yo sé que sois siempre mi madre, y una madre llena de ternura. Tengo la confianza de que si recurro á vos con sincero arrepentimiento, no me descharéis. Heme aquí, pues, á vuestros pies, ¡oh madre de misericordia! me arrepiento de la vida que he llevado, y pido perdón á vuestro divino Hijo y á vos. Perdonad, ¡oh Virgen santa á este gran pecador; no quiero volver á pecar jamás, quiero ser en lo de adelante un verdadero penitente; sed siempre para mí una madre llena de ternura, y yo seré para vos un verdadero hijo; asistidme como buena madre, á fin de que yo tenga la dicha de salvarme por vuestra intercesión. ¡Ah! herma-

nos míos, cuántas veces habéis afligido el corazón de la Santísima Virgen, nuestra madre! Dirigíos, pues, piadosamente á ella, pidiéndole sinceramente perdón. Perdonadnos, ¡oh María, porque si hasta aquí hemos sido ingratos é infieles para con vos, desde ahora queremos vivir como hijos dóciles y obedientes; dignaos ser nuestra madre, y asistirnos todos los días de nuestra vida, y particularmente á la hora de la muerte, á fin de que podamos bendeciros y daros gracias por toda la eternidad.

La devoción que os aconsejo hoy, es el pedir la bendición á la Santísima Virgen nuestra madre, por la mañana y por la noche, rezando una *Ave Maria*.

